

ct

El último dios

de
Juan García Larrondo

(fragmento)

DRAMATIS PERSONAE

CORO DE SOLDADOS, ACTORES Y DANZANTES.

PUBLIO AELIO ADRIANO. *Emperador.*

FLEGÓN. *Secretario Imperial.*

ANTINOO. *Favorito del emperador.*

HECHICERA DE CÁNOPE.

CHABRIAS. *Filósofo neoplatónico.*

JULIA y el resto de las ESCLAVAS.

SABINA. *Emperatriz.*

HERMÓGENES. *Médico Imperial.*

LUCIO AELIO CÉSAR. *Hijo adoptivo del emperador.*

EUFORIÓN. *Fiel servidor.*

EL CORREO DE ROMA. *Y otros personajes alejandrinos.*

ESCLAVOS.

OBRA EN DOS TIEMPOS:

Tiempo 1: Año 136. Baia. (Cerca de Nápoles, Italia).

Escenario: Baños y estancias privadas de una villa balneario. Estatuas, mosaicos, fuentes... De libre interpretación. Este escenario y tiempos se repiten al final.

Tiempo 2: Año 130. Serapeum o, bien, la barca imperial. Alejandría. (Egipto).

Escenario: sobre un amplio pódium, una escultura del emperador Adriano. Ambiente helénico y egipcio. Tronos, ventanas, decoración exótica...

Inspirada en algunos pasajes de las “Memorias de Adriano” de Marguerite Yourcenar (1951). Los fragmentos egipcios, sus canciones y rituales han sido entresacados de “El Libro de los Muertos”. Un grupo de sirvientes deambula en el interior de una estancia profusamente decorada con recuerdos, esculturas del emperador o de otros miembros afines a la familia imperial y baúles todavía a medio abrir. Algunos encienden antorchas, otros preparan el agua de las termas, otros sirven alimentos y otros conversan, distendidos. Hay también músicos que cantan y hacen sonar sus instrumentos.

ADRIANO, envejecido y con salud algo delicada, entra mirándoles con un mal disimulado fastidio. Todos callan un momento, luego le aclaman, sinceros.

TODOS

¡Salve, Adriano, príncipe de la paz! (*Salen*).

Adriano, a solas, sonríe melancólico, mientras revisa simbólicamente algunos de sus objetos familiares o acumulados tras los viajes. Entre ellos, se detiene especialmente en algún busto de Antinoo. FLEGÓN, secretario personal del emperador, le acompaña y le ayuda a instalarse.

ADRIANO

Adriano, príncipe de la paz... ¿Y qué más? ¿Quién de todos estos rostros he sido en verdad? Quizás un espíritu multiforme o un hombre que podría definirse, precisamente, por lo que no ha llegado a ser. Después de recorrer demasiadas leguas y geografías tan distantes... Tras haber tocado pieles, tierras y tan remotos cielos... Ahora mismo no sabría reconocerme en ninguno de los títulos honoríficos recibidos ni en los adjetivos con que se empeñan en definirme los biógrafos. Al fin, a punto ya de alcanzar la distancia más larga, a este príncipe cansado la vida le pesa demasiado y las piernas apenas le sostienen ya... (*FLEGÓN escribe las palabras de ADRIANO*).

*Animula, vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Quae nunc abibis in loca
Pallidulla, rigida, nudula,
Nec, ut solis, dabis iocos...*

Esta mañana Hermógenes ha vuelto a visitarme. Su prudencia como amigo es paralela a su sabiduría como médico y, quizás, por eso, insiste en hacerme olvidar la idea de la muerte. No necesito que me engañen. La Parca está sentada ahí afuera, aguardando al último de los banquetes y a su hora será debidamente agasajada. Tengo más de sesenta años. Siento cómo las arterias y los músculos de mi cuerpo se confabulan en mi contra para desobedecerme y hacerme pagar los excesos cometidos. El dolor y la hidropesía pronto acabarán conmigo, claro que lo sé, pero ya no tengo prisa por morir. Ahora agradezco que los días parezcan todos iguales, tediosos, interminables, porque cada minuto, cada suspiro que la vida me regala es mejor que la mayor de las victorias. (*Parece asustarse por algún sonido de las afueras*) A veces, los recuerdos se deslizan por mi mente, ordenados y tranquilos pero, en otras ocasiones... (*Evocador, casi feliz*)... De repente, el galope de mi caballo Borístenes me trae a la memoria las cacerías que, de niño, gustaba practicar en las colinas de Itálica o en los bosques de Germania. Las playas de Gades y la voz de mi madre susurrándome canciones de sirenas... Y todas las estrellas que seguí en la noche, en los desiertos, en la Atenas dorada o los mares oscuros del Norte, se reflejan claramente en las pupilas del último compañero de mis viajes... ¡Qué difícil distinguir una luz de otra! Siempre he sido un corazón en movimiento: Hispania, Roma, Grecia, Egipto... Al fin, la enfermedad me ha esclavizado en un punto sin retorno: justo a mitad de camino a ninguna parte y al final del Todo. He alcanzado mi Ponto Euxino. Y, sin embargo, todo comenzó apenas ayer... Hermógenes dice que el clima de Baia

me favorece, pero a mí me asfixia estar lejos de mi villa de Tibur, de mi isla, de mis arquitecturas imposibles... Al menos, aquí no llegan los gritos de Roma. Esos gritos que me reprochan mis errores como monarca y me acusan de haber perdido el juicio. Puede ser. Tienen parte de razón. Pero, ¿a quién le importa eso ya? Aunque muchos no lo entiendan, creo que he servido bien al Imperio. Por fin hay paz, es verdad. La historia deberá juzgarme, y tampoco eso es importante. Lo que quiero que el mundo sepa, lo sabrá a través de las memorias oficiales que transcribe mi fiel secretario Flegón. La biografía del hombre imperfecto que siempre he sido morirá conmigo. Y es justo que así sea. Ser el príncipe más poderoso del mundo no me ha hecho diferente ni mejor que cualquier otro ciudadano. Al contrario: La mía es la historia de un hombre más que no supo ni quiso huir de las quimeras y que, como cualquiera, penó también por sus miserias. El triste cántico de un hombre tremendamente amado que, curiosamente, aprendió las reglas del amor cuando el juego terminaba...

(ANTINOO, o su presencia, atraviesa lentamente la escena como un fantasma).

He intentado siempre no detenerme en ninguno de los extremos de la vida, abrirme hacia lo inesperado o lo desconocido. Pero el viaje del corazón me ha iniciado en los más indescriptibles misterios. Si el que ama conserva consigo la razón, nunca sirve del todo a su dios. Ahora lo sé. Durante años he sufrido por no pronunciar su nombre o gritarlo demasiado... Antinoo... Todo esfuerzo ha sido en vano. Cuando el ser que codiciamos nos es arrebatado, nos sumimos en la más dolorosa oscuridad, y la única luz que alcanzamos a ver es la suya. Antinoo... Me lo han reprochado tanto, me han acusado de tantas cosas...

¿Por qué se van los que nos aman? Todo le fue hostil: Roma, la propia Sabina, Alejandría y la locura que allí nos envolvió. Yo mismo, por todo: por mi ceguera y por mi incapacidad. Y en última instancia, también él, por su excesivo amor hacia mí. Un amor que jamás fui capaz de gobernar.

No puedo atenuar mi penitencia. Ya no encuentro suficientes culpables a los que culpar de nada. ¿Para qué? Él se marchó definitivamente al silencio. A ese silencio donde a veces caía, para retornar luego, tras la pausa, más vivo y sumiso a mis pies. ¿Para qué? Si ya nunca he vuelto a sentir su calor.

Aquel niño que a menudo se me antojó humano y, finalmente, divino. Aquel dulce adolescente cuyo perfil me acompaña aún en las monedas del peculio y en los bustos más fieles. Aquel hombre hermoso que adoran en todos los confines del Imperio como a un dios benéfico, no se alejó de mi vida para siempre. Su presencia me arroja cada noche en la soledad de mi lecho. Desde en los detalles más cotidianos hasta en el horizonte del firmamento, donde brilla una nueva estrella a la que bauticé con su nombre. ¡Qué lejos está Egipto, y Antinoe, la ciudad que levanté para él entre las dunas del desierto!...

(Música. Aparecen nuevos elementos en la escena y algunos personajes extraños. Todo cambia. ANTINOO, que ahora lleva en sus manos un pequeño saco con un animal vivo, se dirige hacia una hoguera, como si fuese a iniciar un insólito ritual. ADRIANO ha recuperado de entre sus enseres, una moneda de oro y un brazalete que acaricia y mira, evocador...)

En realidad, aquel viaje a Alejandría fue el término del viajero, el fin de todos mis sueños y el principio de mi época más desesperada. Pero, hasta entonces, la vida era para mí una aventura fascinante. Yo mismo me sentía como un dios. Si cabe, más que un dios...

(La HECHICERA entra envuelta en un halo de misterio y se sitúa frente al fuego. Cánticos fúnebres. FLEGÓN desaparece y el emperador se adentra en sus propias remembranzas).

Alejandría aún no se había transformado en la ciudad que tanto habría de odiar después. Egipto era una región llena de magia y placeres siempre nuevos. A mi compañero y a mí nos atraía todo ese mundo de supersticiones y misterios. Recuerdo ahora esa excursión a Canope como si aún estuviésemos allí... Como si el hálito de la hechicera aún me convulsionara los sentidos. La emperatriz, recién llegada de Roma, aborrecía aquellos ritos que a Antinoo y a mí tanto nos fascinaban. Comenzaba el otoño en Egipto y, con él, las celebraciones del aniversario de la muerte de Osiris. Jamás lo olvidaré. Todavía él estaba junto a mí, todavía formaba parte de mi vida y de mi anatomía como el impulso que hace mover al pájaro ambas alas al unísono para alzarse y acariciar la bóveda del cielo. Respirábamos el mismo aire. Sobrevolábamos las cumbres del amor sin saber que avanzábamos directamente hacia sus infiernos... Vivíamos el segundo año de la 226 Olimpiada y la flota imperial se mecía atracada sobre el Nilo...

*Mi corazón mi madre
Mi corazón que me entrega el ser.
¡Oh, tú, eternidad y perduración!
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
Déjame entrar en el mundo subterráneo
sin que rechaces mi alma,
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
Vengo del Estanque de Fuego,
como desea mi corazón.
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
Déjame salir del mundo subterráneo
y ver el rostro del sol.
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
Déjame salir del mundo subterráneo
y ver la luna por y para siempre
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
¡Esté conmigo mi corazón
en la casa de los corazones!*

HECHICERA DE CÁNOPE

(En trance). Mi corazón, mi madre... Mi corazón, mi madre... ¡Oh, tú, eternidad y perduración! (Arroja flores al fuego, mientras ADRIANO, que se mostrará más enérgico que en la escena inicial, y ANTINOO participan del ritual). Ojalá que hable mi boca, o no podré llegar a la ribera oriental del Lago de las flores, ni tendré una barca que me baje por el Nilo. ¡Ojalá que hable mi boca! Ábrete cielo, para que Seb me separe las mandíbulas, despegue mis ojos cegados y con mi corazón entienda. (Se incorpora, danzando y riendo, bromea con el emperador y el joven, uniéndoles las

manos y participándoles de la iniciación). Mi corazón, mi madre, ¡mi corazón, mi madre! Mi corazón de las transformaciones...

(La HECHICERA recita una oración indescifrable. Mientras lo hace, le pide a ANTINOO la ofrenda para el sacrificio. El muchacho le ofrece su halcón, envuelto en un pequeño saco. La vieja, maternal, lo sumerge en un estanque hasta ahogarlo. ANTINOO sufre, pero se contiene ante la mirada condescendiente del emperador. La HECHICERA usa el agua para ungir los miembros del joven griego).

HECHICERA

(En cuclillas frente al emperador, infantil). Nu dice: “Retírate, huye de las ciénagas y no pronunciaré tu nombre al gran Dios” *(Acaricia el rostro de ANTINOO que está muy asustado. ADRIANO la detiene).*

ADRIANO

¿Y qué más dicen tus mágicas palabras, hechicera?

HECHICERA

(Soberbia, casi ofendida). Dominas la tierra, pero no el cielo, donde mi lengua tiene poder. “Mis dientes son como cuchillos y mis muelas se asemejan al Nomo de Tutef”.

ADRIANO

(Sonríe). Tú ya no tienes dientes, anciana.

HECHICERA

(Ríe, enseñando sus encías). ¡Yo he sido hermosa, emperador! Pero jamás vi una belleza comparable a la de tu amigo... *(Lo mira con ternura).* El victorioso Osiris, alma de Ra, lo ha visto desde el cielo también. Y le codicia para sí. *(Acercándose nuevamente a ANTINOO).* ¿Cuál es tu nombre?

ANTINOO

Antinoo. *(La HECHICERA vuelve a reír).*

HECHICERA

Lloras mucho, ¿verdad? Tienes las pupilas rojas como el limo. *(A ADRIANO, furiosa).* ¡No se las cierres y márchate del reino de los cocodrilos!

ADRIANO

No asustes al muchacho y habla claro de una vez.

HECHICERA

El soberano Osiris dice: “...Entro como el Halcón y salgo como el ave bennu, lucero matutino de Ra. De esta forma, trazo una senda por la que ha de entrar el hermoso al Lago de Horus y tener un sendero en el Nilo para adorar a Osiris, señor de Vida”...

ANTINOO

(*Con temor*). ¿Entonces?... ¿No basta el sacrificio del halcón? ¿Qué más puedo hacer? ¡Habla, mujer!

ADRIANO

(*Cansado*). Bueno, ya es suficiente...

HECHICERA

Deberías adorar a Osiris, emperador... Adórale antes de marcharte.

ADRIANO

(*Incorporándose, sin ganas de discutir*). Claro que lo haré... (*Le da una pequeña bolsa con monedas*).

HECHICERA

Buscas la luz, pero vives en la oscuridad.

ADRIANO

No existe la luz eterna.

HECHICERA

Los dioses existen y nos ven. (*Empieza a reírse, nuevamente juguetona*). ¡Salve, oh criaturas del dios Shu! ¡Gracias os doy por haberme permitido contemplar a Osiris reencarnado! ¡Mi corazón, mi madre! ¡Mi corazón, mi madre! ¡Mi corazón de las transformaciones...!

(La emperatriz SABINA aparece por el fondo de la escena. Los personajes se observan llenos de intenciones y en silencio. La HECHICERA, asustada ante la mujer, arroja las monedas al fuego y se marcha emitiendo un quejido incomprensible. ANTINOO se acurruca en posición fetal sobre unas pieles en el suelo. ADRIANO y su esposa siguen frente a frente. El fuego parece extinguirse y una momentánea oscuridad hace que todo desaparezca).

¿Quién es éste?

Soy el Ayer; conozco el Mañana.

¿Quién es éste?

Ayer es Osiris, y Mañana es Ra.

¿Qué es esto?

Cuando llega un dios,

se levanta y combate con él.

¿Quién es éste?

Soy el custodio del libro de lo que es

y de lo que será.

¿Qué es esto?

Es la purificación de Osiris.

El día de su nacimiento,

un dios abraza al otro.

El sol envuelve tibiamente la estancia imperial en Alejandría. No queda nada de la escena anterior, excepto el joven griego. Aún se oirán los cánticos fúnebres egipcios cuando aparece el filósofo CHABRIAS, que descubre a ANTINOO dormitando, inquieto, sobre el suelo. Le observa con ternura, cubriéndolo delicadamente con unas pieles. El muchacho despierta de su pesadilla. Preside la escena una escultura del emperador.

CHABRIAS

Salud, tú que vuelves del encanto de los sueños. ¿Aquí has dormido? ¿Has perdido la cabeza?

ANTINOO

¡Ah, Chabrias! (*Se duele de haber dormido mal*).

CHABRIAS

(*Le da un suave masaje*). ¿Qué quieres hacer hoy?

ANTINOO

(*Agradecido*). No lo sé. (*Por ADRIANO*). ¿Dónde está?

CHABRIAS

El César se levantó temprano y se fue al senado.

ANTINOO

¿Preguntó por mí?

CHABRIAS

(*Simula cierto desencanto*). A mí no, desde luego. Creo que no le agrada mucho que la emperatriz haya venido a Alejandría. (*Ambos sonríen, cómplices*). ¡Venga! Vístete y vámonos al muelle a comer algo.

ANTINOO

(*Incorporándose. Se dirige hacia una halconera vacía*). No tengo hambre.

CHABRIAS

(*Siguiéndole. Burlón*). ¡Qué extraña conmoción estarán sufriendo los astros para que no quieras comer! (*Paternal*). ¿Qué ocurre? ¿Es por lo del halcón?

ANTINOO

(*Ausente*). No. No lo sé. Es que no he dormido bien. En lugar de vino, creo que anoche bebí agua estancada del Nilo...

CHABRIAS

(*Sabio*). Ya... (*ANTINOO empieza a desvestirse*). Pero eso no es todo, ¿verdad? (*Silencio*). No me puedes engañar. Algo perturba tu corazón desde hace días... ¿Pasó algo anoche que tenga que saber? (*ANTINOO lo mira, sonriente. CHABRIAS le habla con tono sarcástico*). ¿Qué tal fue con la famosa hechicera de Cánope? Un buen griego debe guiarse siempre por los impulsos de la razón y ampliar sus conocimientos sin la necesidad de esos rituales equívocos y primitivos...

ANTINOO

¡Deja de darme discursos, Chabrias! Si no es nada de eso...

CHABRIAS

(*Contrariado*). Entonces es por él, ¿no? (*Pausa*). Otra vez él. ¡Siempre él! ¡Estás obsesionado! Tu pasión por el emperador comienza a preocuparme, te lo digo en serio. Si continuas así acabarás...

ANTINOO

(*Firme*). Perdiendo la razón, ¿acaso crees que no lo sé? (*Una vez desnudo, se cubre con una suave túnica. CHABRIAS lo observa, emocionado*). Últimamente tengo la sensación de que se avergüenza o que me evita al sentirme cerca cuando estamos en algún acto público. Hay noches que bebo demasiado, que no me reclama en el lecho... He visto salir jovencitos de su aposento varias mañanas o, incluso, a alguna sirvienta nubia... ¡Le gustan las cosas exóticas, ya sabes! Y si fuera solamente eso... Pero, ahora, además de tener que compartirle, también tengo que dedicarme a esquivar a su esposa “para no irritarla innecesariamente”. Me da igual que juegue, que se divierta, que busque emociones diferentes... Ya estoy acostumbrado. Lo que me duele es su miedo, su hipocresía, su desprecio... Lo que me aterra es que me olvide...

CHABRIAS

(*Pensativo*). Cosa que, por otro lado, es imposible. Mira: tienes razón y al mismo tiempo no la tienes. Ciertas vivencias de un emperador deben ser tratadas con prudencia. Eso lo sabes desde hace años y para ello fuiste instruido. No has sido ni el primero ni el último, es verdad, pero sí el más importante. (*ANTINOO sonríe con cinismo, mientras coloca unas ofrendas bajo la escultura imperial*). ¿Por qué te castigas dudándolo? El César te ama por encima de cualquier otro, más que a nadie. Ya conoces sus rarezas, sus caprichos, sus miserias... Pero también sus glorias. No seas injusto con el lugar que ocupas en su vida. No puede estar siempre contigo porque es el soberano más grande del mundo y ésta es una tarea de una máxima responsabilidad. Es como un dios que debe cuidar de sus hijos, atenderlos y procurar su bienestar. (*Acaricia al joven, arrodillándose junto a él*). Tú eres su paz, su descanso, el que mantiene el equilibrio de ese universo del que todos dependemos...

ANTINOO

No es el dios ni el soberano el que me interesa, si no el hombre: El hombre que me está dejando.

CHABRIAS

¡Tonterías! ¿De qué te han servido mis enseñanzas? ¿Por qué te martirizas en vano si sabes sobradamente que es incapaz de vivir sin ti? ¡Todo el mundo lo sabe, Antinoo! Eres el preferido y eres tú quién le gobierna... El César no come nada que no pase antes por tu mano. Y eso no lo hace nadie que esté pensando en dejarte. (*Lo abraza con dulzura*). ¡Anda! Termina de arreglar tus cabellos, perfúmate y salgamos a dar un paseo. (*ANTINOO obedece con desgana*). Hoy siguen las celebraciones en honor a Osiris y podríamos asistir a algunas de las ofrendas. (*Estricto*). Por supuesto, siempre desde una actitud contemplativa. Recuerda que las supersticiones sólo sirven para alejar al hombre del verdadero conocimiento. (*Música. ANTINOO vuelve a acariciar la halconera vacía*).

ANTINOO

La hechicera dijo que el halcón no sufriría. Y creo que no sintió dolor cuando lo sumergió en el agua del Nilo. Hubiera elegido cualquiera de mis mascotas, pero le di la que más amaba porque el fin así lo justificaba.

CHABRIAS

Mal hecho. ¡Pobre animal! ¿En serio crees que los dioses necesitan semejantes sacrificios?

ANTINOO

(*Tras un largo silencio*). Desde luego. Pasa también con el amor, ¿no? Tú mismo me lo has dicho en ocasiones.

CHABRIAS

Eres peligroso, ¿sabes? Interpretas lo que digo a tu manera. ¿Por qué te atormentas? ¡Todo lo tergiversas! Ni tú eres un halcón ni tienes por qué sacrificarte. El emperador debería ser más consecuente y no dar pábulo a los malos presagios del primer augur que le visite. ¡Y tú tampoco! (*Reniega, enfadado*) ¿Qué os dijo esta vez la hechicera? En el regreso, ninguno de los dos abristeis la boca. (*Irónico*) ¿Acaso os reveló la hora y el día del fin de los tiempos?

ANTINOO

(*Duda*). Habló cosas que entendí a medias. Pero lo esencial sí lo comprendí. Ahora sé que la muerte de mi halcón no ha sido suficiente. (*Chabrias parece desesperarse. Antinoo se sincera*) Sé que Adriano me ama. Claro que lo sé. Y por eso sería capaz de ser su sombra sin molestarle, de estar junto a su cuerpo siempre, aunque aún emanen de su piel los aromas recientes de otras manos. Pero desde hace algún tiempo todo es distinto. Todo está cambiando. Ninguno de los dos somos felices... (*Chabrias niega, incrédulo*). ¡En serio! Todo le aleja de mí y siento que el favor de los dioses ya no nos es propicio como antes... Apenas hablamos, apenas pasamos tiempo juntos... La emperatriz está aquí y sabes que me detesta. (*Como si ambos lo supiesen*). ¿Y Lucio? ¿Qué decir de Lucio que tú no sepas? Todo cuanto a mí me duele, a él le complace. De alguna manera, me envidia. Sus celos son tan infantiles, tan absurdos... ¡A veces le mataría, Chabrias! ¡Por los dioses que lo mataría cada vez que trata de ridiculizarme por no ser ni culto ni un verdadero romano! (*Sonríe*). Sigue pensando que le robé el afecto del emperador y ahora cree que quiero arrebatárselo también el trono que espera recibir cuando el César muera. ¡Me da tanta lástima! ¡Ni él ni Sabina me conocen! ¡Ignoran que yo no necesito ni cetro ni reino alguno porque poseo ya todo cuanto ambiciono! (*Se vuelve a la escultura, la acaricia*). Él es mi territorio, mi dominio; y su piel es mi único abrigo. Tienes razón: Adriano es como un dios, es cierto. Un dios que sufre como un hombre y se comporta a veces como un necio. Sólo yo lo sé, mejor que nadie. Sólo yo comparto su verdad. Y, aún así, le venero por lo que es y no por sus títulos ni por ser el dueño de nada. (*Reflexivo. Chabrias le admira, triste*). Hay momentos en los que amo a un crío indefenso, triste y, a menudo, cruel y antojadizo. Y no hay ni dios, ni Imperio, ni tiene por qué haberlos. Sólo su cuerpo y el mío. Sólo amor. Otras veces, durante horas, observo al hombre que duerme junto a mí en el lecho después de haber amado. En la noche, sus defectos y virtudes inician una bella metamorfosis. Su respiración marca el ritmo de mi vida. Así, hasta que los rizos de su vientre se vuelven dorados con el alba y abre los ojos lentamente. Al encontrarme mirándole, me sonríe y vuelve a abdicar a mis caricias. Y en ese momento yo soy el dios y el verdadero amo del mundo.

CHABRIAS

No se debe mirar al ser que amamos mientras duerme.

ANTINOO

(*Grave*). ¿Sabes que el otro día se desvaneció cuando volvíamos de visitar el mausoleo de Cleopatra? (*Chabrias le mira, sorprendido*) No lo sabe nadie, ni siquiera Hermógenes. Viajábamos a solas en la caravana y yo mismo le atendí hasta que se recuperó acurrucado entre mis brazos. Creí que se moriría, que no volvería a abrir los ojos... (*Casi llora*) Todos los sacrificios que hemos hecho hasta ahora han sido en vano, y ni siquiera la muerte de mi halcón ha favorecido a los oráculos. (*Desolado*) No soportaré su muerte, no soportaré sobrevivirle... No quiero estar sin él, rodeado de vacío, y quedarme solo en este mundo... (*Triste, suspira*). ¡Por los dioses! ¡Me estoy volviendo loco, Chabrias!

CHABRIAS

(*Consolándole*). ¡Desde luego! En mi vida escuché decir tantas sandeces juntas. Y eso te ocurre por atender a quien no habla más que fantasías. Lo que deberías hacer es comer más, descansar en condiciones, recuperar la razón y no perder el tiempo visitando a proxenetas de lo invisible...

ANTINOO

No. Lo que tengo que hacer es consultar otra vez a la maga. Ella sabrá aconsejarme. ¡Vamos, ven conmigo a Cánope!

CHABRIAS

(*Desamparado*). ¿Qué? ¿Es que no atiendes a lo que te digo?

ANTINOO

(*Convincente*). ¡Por favor! El emperador volverá tarde de su reunión con los magistrados y ni siquiera se dará cuenta.

CHABRIAS

(*Renegando*). ¡Se tardan al menos dos horas!

ANTINOO

(*Tirando de él*). ¿Y qué? Hay que hacer ejercicio y los caballos necesitan correr.

CHABRIAS

(*Casi vencido*). Preferiría ir al gimnasio...

ANTINOO

(*Salen*). Aún nos dará tiempo de visitar a Lucio en el gimnasio cuando regresemos y darle los golpes que se merece... (*Risas*)

(*Música. Las sonrisas de unas jovencitas inundan de alboroto la escena. Entran todas, y tras ellas, lo hace la emperatriz SABINA, de semblante recio a la par que delicado. Se sienta, algo cansada, mientras es examinada por el médico HERMÓGENES. Las risas y los juegos continúan*)....